

co que ella ha excitado vuestra sensibilidad: siento verme en el conflicto de referiros otras, aunque con la esperanza de cambiaros este horrible cuadro en plácido y alegre, si teneis la paciencia de escucharme; al mismo tiempo excitaré vuestra admiracion haciendos ver que ese Dios criador, ese Dios misericordiosísimo supo premiar las virtudes de este Monarca gentil, porque su largueza no tiene término. A Dios, señores.

CONVERSACION VIGESIMA NONA.

Doña Margarita. **II** *Herido el Pastor, se dispersan las ovejas.* Esta dolorosa verdad, dicha en un sentido moral, puede muy bien aplicarse en un sentido político. Privado el imperio de Texcoco de su legítimo Monarca, que por sus virtudes formaba sus delicias, y el apoyo de su seguridad, sus descendientes se dispersaron, vagando unos entre las montañas, ó sometiendo otros á la ley de la necesidad siempre imperiosa. Dejemos por ahora al príncipe Netzahualcóyotl en la clase de los primeros, y convirtámos la vista hácia Atzcapotzalco, y su tirano.

El gozo de este no fué completo, como jamás lo es ninguno en esta miserable vida. Cierto es que por la muerte de Ixtlilxóchitl podia disponer de su reino; pero no de las voluntades de sus súbditos: quedaba vivo el hijo de aquel soberano, y esto le acibaraba la vida, y por lo mismo mandó que lo buscasen, y trajesen vivo ó muerto, y para excitar á esta solicitud ofreció premios al que la realizase. Hicieronse grandes fiestas en Atzcapotzalco por la victoria; se publicó un perdon general á los que hubiesen seguido las banderas de *Ixtlilxóchitl*, y para borrar hasta su memoria se mandó asimismo que á los niños se preguntase, á quién reconocian por Rey, y que si estos respondiesen que á Netzahualcóyotl, ó á su padre, se les castigase, lo que dió ocasion para que á muchos se quitase la vida. Asientan los escritores (dice Veytia), que se contaron por miles los niños muertos por tal causa.

Myladi. Segun eso los Tecpanecas pueden asegurar que tuvieron por Monarca un segundo Herodes, pues no hizo menos éste que aquel.

Doña Margarita. La consecuencia es recta. Para afirmarse en el trono mandó que se le jurase y reconociese por supremo Monarca, y despachó al efecto mensajeros, no solo á los príncipes inmediatos de montes adentro, sino á los de Tlaxcala, Huexotzinco, Cholula, Tecamachalco, Tepeaca, y otros mas distantes, emplazándolos para cierto dia á su corte de Atzcapotzalco. Su situacion era apurada, porque por una parte él queria poseer todo lo usurpado, sin rivales ni contradiccion, y por otra se veía comprometido con los Reyes de México y Tlaltelolco, y con los caziques de Acolman, Otompan y Chalco, á quienes habia ofrecido distribuir parte de la presa en que todos iban á la partija. Ocurrióle, pues, un arbitrio, por medio del cual dándoles todo cuanto estos accionistas pretendian, en realidad no les daba nada, y él se quedaba con todo; llamolos á su capital pocos dias antes de la jura, y les dijo: „No me he olvidado de la promesa que os hice de partir con vosotros las tierras que con vuestra ayuda conquistase, y queriendo cumplirla mas ventajosamente de lo que podriais esperar, os he llamado para declararos el modo con que pienso ejecutarlo, esto es, no solo daros parte de ellas, sino tambien el honor y dignidad imperial, porque quiero que al mismo tiempo que á mi me juren por supremo Monarca, os reconozcan tambien á vosotros por cabeza del imperio, de suerte que la dignidad imperial quede colocada en todos siete, y subordinados á nosotros todos los demás señores de esta tierra, sin que en los negocios de guerras, paz y de estado tocantes al imperio, pueda determinarse nada sin dictámen y consentimiento de todos siete, entre los cuales he de ser siempre yo, y mis sucesores, reconocidos por primero y supremo Monarca. Para todo esto he determinado dar la investidura de Reyes á tres de vosotros que no la teneis (*), y para el gobierno de los pueblos del imperio se dividirán estos en ocho partes, de las cuales tomaré yo dos, y cada uno de vosotros una, compuesta de aquellos pueblos que están mas inmediatos á vuestros territorios, para que con mas facilidad y prontitud podais gobernarlos, dándome cuenta de cuanto en ellos se ejecute; y por lo que mira á tributos y servicios personales, respecto á que los he libertado de ellos por un año

(*) *Eran Teyolcocoahuatzin de Alcoman, su nieto Tochintecuhli de Chalco, y Quetzalcuiztli de Otumba.*

para que puedan resarcir sus pérdidas, tenidas durante la guerra, luego que se cumpla ordenaré el modo en que hayan de repartirse." Deslumbrados los príncipes con el resplandor de la dignidad que se les ofrecía, y engañados además con la astucia de aquel viejo y falso político, convinieron en la propuesta, dándose por satisfechos del cumplimiento de la promesa, y dándole también muchas gracias por su liberalidad.

Llegado el día señalado para la jura (que según parece fué á fines del mismo año de *cuatro conejos*, y en cómputo del Sr. Veytia á principios de 1419), concurrieron á la corte de Atzacapotzalco los dichos seis Reyes referidos, y los señores de *Cohuatepec*, *Ixtapallocan*, *Huexólla*, *Xochimilco*, y algunos otros de los que tenían sus señoríos, aquende de los montes, y gran número de caballeros y gente principal de Texcoco, y demás ciudades principales; pero no los de allende de las montañas como los de *Tlaxcala*, *Huexotzinco*, *Cholula*, *Tepeaca*, *Zacatlán*, *Tenamitéc*, *Tolantzinco*, ni menos los de las provincias más remotas. Sintiólo mucho Tezozomóc, y se propuso hacerles la guerra hasta precisarlos á que lo jurasen; mas no por su falta se suspendió el acto, pues lo ejecutaron los que á la sazón se hallaron presentes. Practicóse esta función con las solemnidades que tenían de costumbre los monarcas Chichimecas. Declaró solemnemente, á presencia de todo el concurso, por sus colégas á dichos seis reyes, y mandó que fuesen tenidos y reconocidos por tales, diciendo que todos con él eran cabezas del imperio, en cuyo gobierno nada se haría sin el concurso de todos. Siguiéronse luego los juegos, y otros regocijos públicos, con que procuró hacer ruido á la multitud, como hacen siempre los tiranos para entretener á los pueblos, y distraerlos como niños. El regocijo de los Reyes asociados fué grande: pero los oficiales que habían ayudado á Tezozomóc á hacer este cambio político, se manifestaron poco satisfechos ó quejosos; unos porque no se veían premiados; otros, porque estaban arrepentidos; otros, en fin, porque conservaban amor á la dinastía de *Ixtlilxóchitl*, y desaprobaban esa multitud de cabezas en el imperio. Entendiólo así Tezozomóc, y mandó por bando que se le reconociese por Soberano de todas las provincias, declarando traidor al que no lo hiciese: en iguales penas declaró incursos á los que de cualesquier manera amparasen, ayudasen y favoreciesen á *Netzahualcóyotl*, ó sabiendo donde estuviere no lo denunciasen. Por este bando se mandó asimismo que los pueblos acudiesen á sus respectivas cortes para el despacho de sus negocios. Cada uno de los Reyes, asociados

al Imperio, dió un destacamento de tropa; y de esta suerte se tornó una especie de campo volante con que se hacia obedecer aquella órden, dándole al mismo tiempo un carácter de solemnidad no comun. El punto de reunion de estos destacamentos fué Texcoco: comandábalos *Huitzilteztin*, oficial de la mayor confianza de *Tezozomóc*: La concurrencia de gentes á saber las disposiciones que alteraban el sistema de gobierno fué tan numerosa, que no cabiendo en la ciudad se dispuso reunirlos en un llano espacioso, que hay entre ella y el pueblo de *Tepellaxtóc*, llamado *Quauhjacac*, donde habia un antiguo templo de los Toltecas. Desde lo alto de él voceó el pregonero, y todo el numeroso concurso lo oyó en silencio. Concluido este acto volvieron á la ciudad, y se estableció el gobierno, colocando á la cabeza de él dos gefes, uno de la nacion Tolteca llamado *Plotzin*, y otro de la Chichimeca conocido con el nombre de *Chicatzin Quinantzin*, para que cada uno cuidase del gobierno de su respectiva nacion con respecto á que aquella poblacion se componia de una y otra; así es que el Tolteca en sus negocios debia ocurrir á *Plotzin*, y el Chichimeca á *Chicatzin*. Instalado dicho gobierno se destacaron los capitanes á sus respectivos departamentos á establecer el suyo. El P. Clavijero, con su maravillosa exactitud, nos refiere este cambio político en estas precisas palabras. „Satisfecha finalmente la crueldad del tirano con la opresion de sus enemigos, se hizo proclamar Rey de Acolhuacán en Texcoco, concediendo perdon á los que habían tomado las armas contra él, y permiso para volver á sus casas. Dió en feudo la ciudad de Texcoco á Chimalpopoca, Rey de México, y la de Huexólla á *Tlacatectil*, Rey de Tlatelolco, en premio de los servicios prestados en aquella guerra. Puso gobernadores fieles á su partido en otros puntos, y declaró á la ciudad de Atzacapotzalco, corte y capital de todo el reino de Acolhuacán." Tal es el cambio que produjo un hombre astuto, y armado de poder en el gobierno de muchas naciones engañadas, ó adormecidas; pero cambio efímero, porque no era conforme con intereses de la nacion.

Creó también el mismo Clavijero, que en la solemnidad dicha de Texcoco asistiesen, aunque disfrazados, varios personajes del partido de *Ixtlilxóchitl*, y entre ellos el príncipe *Netzahualcóyotl*. Que el dolor y rabiá que estos sintieron en aquella ocasion, excitaron sus juveniles ardores, é iban á precipitarse cometiendo una accion temeraria contra sus enemigos, cuando los detuvo un confidente que los acompañaba, representándoles las fatales consecuencias de su arrojé, y ha-

ciéndoles ver cuanto mejor sería esperar el tiempo de una ocasión mas oportuna, para recobrar la corona, y tomar venganza de sus opresores, atendiendo á que siendo ya muy viejo el tirano no podia tardar en morir, y su muerte mudaria de todo punto el estado de las cosas, sometiendo entonces espontáneamente los pueblos á sus legítimos señores, excitados por las injusticias del usurpador. Creé tambien, que un oficial mexicano de alta graduacion (que presume fuese *Izcóatl*, hermano del general de las armas mexicanas), ó por su propia autoridad, ó por orden del Rey Chimalpopoca, subió al templo que en aquella córte tenia la nacion Tolteca, y habló en estos términos al inmenso pueblo que se habia reunido.... „Oíd, Chichimecas! oíd Acúlhuas!.... y todos los que presentes estais; ninguno se atreva á causar el menor daño á nuestro hijo Netzahualcóyotl. Nadie permita que se le haga, si no quiere exponerse á un rigoroso castigo.“ este aviso sirvió de mucho á la seguridad del príncipe heredero.... pues todos querian evitar el enojo de una nacion que ya empezaba á inspirar respeto.

Myladi. Ese pasage de la historia podrá estar inexácto, dígolo con timidez, porque el nombre de su autor es para mí muy respetable.

Doña Margarita. Alégame sobre toda ponderacion de que V. piense del mismo modo que yo en este asunto; porque á la verdad, que es cosa inverosímil que un príncipe que se habia conformado con su suerte, que habia exhórtado á los que le querian seguir en su desgracia á desistir, hasta que el Dios criador mejorase sus horas, que á merced de sus insinuaciones los habia hecho regresar á sus capitales para que jurasen por entonces obediencia al tirano, se hubiese expuesto á ser conocido entre la multitud, y sacrificado tontamente y sin provecho alguno. Por otra parte, él era demasiado conocido, habia mucho empeño en buscarlo, y tanto mas, cuanto que se habian ofrecido premios al que lo entregase, ó avisase del lugar donde estaba para prenderlo. Finalmente, no es creíble que el hermano del Rey de México, Chimalpopoca, hubiera tenido la animosidad de decir voz en cuello á un inmenso pueblo que se abstuviese de perseguir á un príncipe, contra quien estaba tan declarado enemigo Tezozomóc, á quien tanto temia, pues él, el de Tlatelolco, y los otros á quienes habia declarado sus colégas en el imperio, en realidad de verdad no eran otra cosa que sus *satélites*, pendian de sus lábios, y estaban prontos á ejecutar hasta sus caprichos. Estas, á mi juicio, son razones que convencen la inverosimilitud de la relacion del sé-

bio P. Clavijero. Sobre todo lo dicho, añado lo que el Sr. Veytia dice, acerca de las peregrinaciones que en esta malhadada época hácia *Netzahualcóyotl*, sin hacer pie fijo en parte alguna. Es cierto que él tenia amigos confidentes, y criados leales en Atzcapotzalco que le daban cuenta de cuanto pasaba en la córte, y cada dia se iba ganando nuevos partidarios y amigos; mas tambien tenia (añade) enemigos que le perseguian, pensando adelantar su fortuna con la ruina de este príncipe, y así es que se vió en grandes peligros y ataques, de que su valor y prudencia le sacó con felicidad. Sus tíos los Reyes de México y Tlatelolco, que habian sido cómplices en la muerte de su padre *Ixtláochill*, y en sus desgracias, compadecidos de ellas, le favorecian en secreto enviándole con frecuencia por medio de criados fieles, abundantes socorros para su manutencion, acompañados con piezas de oro y piedras preciosas, hasta que consiguieron que le perdonase, y cesara de perseguirlo Tezozomóc.

Myladi. ¡Ay! dígame V. cómo pudo hacerse ese cambio de afectos en un Rey tan bárbaro y brutal como Tezozomóc?... Yo me intereso de veras en la suerte de ese príncipe, y si hubiera podido, yo lo habria asilado en mi casa, y llenándolo de consuelos en su infortunio.

Doña Margarita. Este es uno de los mas interesantes pasages de su historia, que yo no puedo recordar sin ternura y dolor. Las reinas de México y Tlatelolco sus tias, penetradas de dolor, tomaron empeño en pedir gracia por su vida á Tezozomóc, y pasaron personalmente á Atzcapotzalco, acompañadas de las señoras principales de ambas ciudades. Llegaron al palacio de Tezozomóc, y haciéndole avisar que estaban allí las Reinas de México y Tlatelolco con una gran comitiva de damas que querian hablarle, le sorprendió la novedad. Hizo que entraran en la pieza donde estaba, y de donde no podia moverse por sí solo, porque su avanzada edad le tenia tan inválido, que para ir de una parte á otra le cargaban en una silla compuesta, y aderezada con algodón, para que no le lastimase, y de este modo lo sacaban cada dia muchas horas al sol. Sin embargo de esto, en la forma que pudo, les manifestó su benevolencia y agrado preguntándoles el objeto de su venida. Hiciéronle ellas el acatamiento con que era venerado, y puestas de rodillas le presentaron varios regalos que llevaban prevenidos, proponiéndole al mismo tiempo su pretension con expresiones muy tiernas y rendidas. Manifestáronle el miserable estado en que el jóven príncipe estaba, el cual en nada le habia ofendido, que se veía perseguido, prófugo, sin amparo alguno, tropezando á cada paso con

las sombras de la muerte, obligado á huir tanto de él como de los que intentaban quitarle la vida, sin hallar seguridad ni aun en los mas ocultos bosques. Dijéronle que se compadeciese de sus desdichas, y pues habia quedado ya sin reino y despojado, le perdonase la vida, pues al fin era su sangre, y no era propio de tan gran príncipe llevar á cabo la venganza. Estas y otras bien sentidas razones, y la autoridad, respeto y gracias de tan amables señoras, obligaron Tezozomoc á otorgarlas su petición perdonando la vida al príncipe, mas con la calidad de que habia de vivir precisamente en México, de donde no podria salir sin expresa licencia suya. Diéronle las señoras las gracias, retirándose muy contentas por haber librado á un jóven que por muchos títulos les era apreciable; despacharon luego sus mensageros al príncipe con tan fausta nueva, que á la sazón se hallaba en el bosque de Poyauhtlan acompañado de algunos caballeros y criados de su confianza, entre los cuales eran los principales *Quetzalixtli*, *Coyohuatzin*, *Totimóltzin*, y *Coxtolomitzin*. Antes de que llegasen los mensageros ya habia recibido la noticia muy individual por los criados que tenia ocultos en Atzacapotzalco. Inmediatamente partió para México en compañía de dichos caballeros que le asistian, encontrando en *Quauhtlalpan* á los enviados de sus tias que le acompañaron igualmente á esta ciudad, en la que fué muy bien recibido con regocijo de los dos Reyes y sus esposas, que juntos le esperaban con los principales señores y damas de ambas córtes, y un gran pueblo que se reunió á su llegada.

Dió á sus tias las gracias por su importante interposicion con las palabras mas corteses que le dictó su grantalento y gerarquía, que le atraía irresistiblemente los afectos de cuantos le trataban. Cumplimentó despues á los reyes y señoras, y quedó hecho el objeto del aprecio comun de los Mexicanos y Tlatelolcas. Permaneció en México dos años, sin dar un paso fuera de la ciudad; pero desde ella continuaba sus negociaciones con tal secreto y disimulo, que nada se traslucia en Atzacapotzalco; antes por el contrario, el tirano y los suyos creían que estaba casi muerta en los corazones la lealtad á *Netzahualcóyotl*, y que nadie se acordaba de su antigua fortuna. Viendo esto las señoras mexicanas, á quienes al amor natural se habia agregado el adquirido con la comunicacion de aquel precioso príncipe, hicieron nuevo empeño en libertarle de aquella especie de prision que sufría, no pudiendo salir fuera de México ni espaciarse, y se dieron tan buena maña con Tezozomoc, que no solo consiguieron le permitiese salir de la ciudad, sino lo que parece increíble, ir á la ciudad de Tex-

coco, donde mandó darle por habitacion el palacio de *Cylan*, uno de los mejores que tenían allí sus padres, y el señorío de algunos lugarcitos de poca consideracion inmediatos, con cuyos productos se mantenía, permitiéndosele que fuese á ellos y viniese á México, pero sin poder pasar á otra parte. Con tal permiso entraba y salía francamente en México y Texcoco, y no perdía ocasion de adelantar en sus planes.

Myladi. V. nos ha presentado una escena harto interesante, las mas bellas mexicanas implorando gracia á favor de un jóven príncipe, desarrollando sus afectos con la elocuencia y bellezas que inspira el afecto.... ¡Qué pocas veces puede resistirse un corazon sensible á semejantes ataques!

Doña Margarita. ¡Ah Señora! en nuestros tiempos hemos visto desatenderse los clamores de unas virtuosas mexicanas, no menos dignas de aprecio, que las reinas de México y Tlatelolco, con toda su comitiva de damas.... sí, dígolo con dolor, con aquel dolor que protexté á W. cuando comencé esta relacion. Yo he visto, (y conmigo toda la capital), presentarse ante el Congreso de México, una larga fila de estas matronas á implorar gracia por sus maridos para no salir desterrados de la República. He visto tomar la voz, á nombre de ellas, á una jóven de las mas bien educadas y virtuosas de esta capital, que llena de dignidad y sencillez, dirigió la palabra al presidente Guerrero, solicitando de él que se suspendiesen los efectos de aquella inhumana ley. (*) Ni su voz encantadora, ni la fuerza de sus razones, ni las lágrimas de sus compañeras, ni las de sus tiernos hijos que sin ser excitados por sus madres lloraban á una par con ellas, y abrazaban las rodillas de aquel Gefe, pudieron moverlo á compasion. Yo ví á las mismas solicitar audiencia de la cámara de diputados en la barra, y negarselas con una crueldad inconcebible.... Sí, cerraron sus oídos á los clamores de la inocencia oprimida, y esta denegacion mostró el miedo que se tiene para escuchar la voz de la justicia, y este temor de atender sus justos reclamos echó el sello de iniquidad á una medida tan falta de razon y política.... mas ¡ah! ¡y que caro ha costado este procedimiento tiránico! Por él perdimos una buena parte de nuestra poblacion, una suma inmensa de riquezas trasladadas á la Europa; y principalmente á Burdeos, que con ellas ha tomado una nueva forma, y llegado al apogéo de su gloria; perdimos el honor, que es lo mas sensible, y el concepto de justos, sen-

(*) *La señora Doña Mariana Cervantes de Ortiz, honra de su sexo, y una de las mas sábias, pulidas y discretas mexicanas.*

sibles, y moderados. El duro corazón del bárbaro tirano de Atzacapotzalco, se habria conmovido á vista de estas escenas, y... los Mexicanos legisladores del siglo diez y nueve, del siglo de la filantropía, se mantuvieron *impasibles*. ¡Buen Dios! no permitas que igual trastorno se repita entre nosotros! antes las salobres aguas de nuestra laguna inunden esta bella capital que presenciar semejante catástrofe... Señores, disimulad estos transportes, y pues con el recuerdo de ella me imposibilito de continuar la historia comenzada, permitidme que por hoy la termine, para seguirla con calma el día de mañana. A Dios.

CONVERSACION TRIGESIMA.

Myladi. Supongo á V. ya calmada, y en actitud de continuar su conversacion de ayer.

Doña Margarita. Lo estoy por gracia de Dios, aunque no faltan desazones que no permiten lograr una tranquilidad perfecta: nuestra vida, desde noviembre de 1810, no ha sido mas que una enfermedad crónico-política, en que hemos logrado algunos periodos de alivio, siempre fluctuando entre temores y esperanzas; unas veces amenazados por la tiranía española; otras, por el aspirantismo de algunos de nuestros compatriotas, agregandose á esto la miseria pública... Vaya, ¿esto no es vivir!!! Mas echemos á un lado estas tristes é inútiles reflexiones, y sigámosle los pasos á Tezozomóc hasta dejarlo en el sepulcro, donde deben estar todos los tiranos.

Al siguiente año, señalado con el geroglífico de *seis pedernales*, (ó sea el de 1420), cumplido el del indulto de contribuciones concedido á los Aculhuas, llamó Tezozomóc á su corte á toda la gente principal de sus pueblos, á quienes hizo saber el repartimiento que habia hecho de las cabezas del imperio, que fué en ocho partes íntegras de él, compuestas de las poblaciones que asignó, las cuales habian de acudir á su corte con los tributos, pensiones y servicio personal, el mismo que antes daban á Ixtlilxóchitl, y una parte á cada uno de los otros seis señores, compuesta de los pueblos

mas inmediatos á sus capitales, á las cuales habian de acudir, y en ellas se habia de hacer la recolección de los tributos, excepto el territorio que tocó á los Reyes de México y Tlateloico, que por tener sus estados en la laguna, separados del continente en que estaban los Aculhuas, no lindaban con ellos; y así es, que al de México le señaló el territorio de la corte de Texcoco con todos sus pueblos agregados, y dispuso que la misma ciudad fuera caja de la recaudacion de tributos de los pueblos que le asignaba, de cuyo producto solo habia de gozar la tercia parte, y las otras restantes habia de entregar en la corte de Atzacapotzalco á los recaudadores de Tezozomóc, y del mismo modo habia de entenderse en cuanto al servicio personal: que de los que debia dar cada pueblo, la tercera parte sirviese al señor á quien tocaba, y las otras dos, fuesen á servir á Atzacapotzalco en las obras á que los destinase. De este modo, la sagacidad de este tirano, engañó á estos señores aparentando que se los daba todo, cuando en realidad nada les dió; esta fué una sociedad verdaderamente *leonina*, porque como tambien he dicho, de las ocho partes en que dividió los estados de *Ixtlilxóchitl* las dos enteramente agregó á sus estados, así en cuanto al dominio, como en cuanto al producto, y en las otras seis que repartió á sus colegas, en realidad solo les dió el gobierno, reservando en sí el dominio, y de los productos les señaló solamente la tercera parte en lugar de un salario ó sueldo por el trabajo que habian de impender en la recaudacion de los tributos. Aumentó estos, recargando considerablemente á los súbditos en el número de personas que cada pueblo debia dar, en la plumeria, ricas piezas de oro, piedras preciosas, mantas, cantidad considerable de vigas que debian ser de diez varas de largo, una y media de ancho y una de grueso, para las fábricas que emprendió en su capital. Aumentó tambien el servicio personal, decretando que los indios que cada pueblo debia mandar no fuesen peones ordinarios, como hasta entonces se habia acostumbrado, sino gente útil, y oficiales, buenos carpinteros, albañiles, y de los demás oficios que se necesitasen. Mandó asimismo que enviasen mugeres (cosa que hasta entonces no se habia acostumbrado) que fuesen hilanderas, tejedoras, y de los demás oficios de su sexo, para que en ellos trabajasen en el tiempo de su servidumbre. El P. Clavijero refiere este gravámen insostenible, con que Tezozomóc oprimió á los pueblos del reino de Aculhuacán, y tambien refiere la siguiente anécdota. Dice que los nobles Toltecas y Chichimecas, manifestaron deseos de representarle sobre este